

Hijos del apocalipsis (Piloto inconcluso)

Alberto Luis Villarreal Fernandez

Image not found.

Capítulo 1

Hijos del apocalipsis

Piloto: La maquina

Los proyectiles volaban por el aire, cual feroces avispas en busca de un cuerpo en donde alojarse. A su alrededor no había más que muerte y dolor, sus compañeros caían uno por uno, sin embargo su batallón era grande y hacían frente a su enemigo. Su mirada reflejaba el temor de una muerte inminente, mas sus acciones demostraban el gran empeño puesto en su entrenamiento, y la habilidad propia, de quien lucha sin escuchar sus sentimientos.

- ¡Capitán, tenemos órdenes del cuartel, desean que retrocedamos!
- ¿Retroceder?, ¡pero si estamos venciendo al enemigo! –Decía el capitán, mientras seguía empuñando su rifle.
- ¡Señor, son ordenes! –Decía el joven soldado, quien parecía afanado.
- ¿Qué sucede John?, ¿Por qué tanto afán?
- Capitán, la AAPE lo autorizo, va a llover...
- ¡¿Cómo que lo autorizo?!...

La sangre salpicaba su rostro, no era la primera vez que perdía a alguien en combate, sin embargo nunca tan de cerca. El chico se había desplomado en el suelo, y en la mente del capitán resonaban sus últimas palabras.

“Va a llover...”

Como gotas de lluvia, como aquella sangre de mil batallas, así corrían por su rostro envejecido, demarcando tras su rastro sus varoniles facciones. Los recuerdos de ese día no salían aun de su cabeza, y cada noche se mostraban ante él, atormentándolo, sin embargo no era su culpa, él era un soldado, solo seguía órdenes.

Habían pasado quince años de aquella guerra, el mundo había cambiado mucho, los grandes edificios caían a pedazos, el menos los de aquella vieja ciudad donde se encontraba. Todo el orden social, del que tanto se aquejaba había desaparecido, ahora solo quedaba soledad, destrucción y una sociedad intentando levantarse.

Se levantó con dificultad del viejo edredón sobre el cual había pasado la noche y se dispuso a servirse la bebida que cargaba consigo cuando salía a hacer una misión. El extraño líquido paso a través de su garganta, tan amargo como siempre, por lo que expreso una mueca de rechazo.

– Vaya mierda, por más que la tome nunca me acostumbrare a esta porquería –Dijo el viejo, entre muecas y una tos que tenía hace días.

Antes de salir de aquella habitación, cuyas ventanas había cubierto la noche anterior, recoge su viejo rifle de asalto, un M16 estándar, de uso de la milicia americana, que tenía desde la guerra contra la RRPC. A pesar de las horribles vivencia que compartió con aquella arma, aun le tenía cariño, quizás ese rife era su único amigo, quizás así lo sentía. Quito todo aquel polvo del mortal artefacto, mientras recitaba en voz baja códigos de guerra que aun recordaba.

– “Bombardero satelital EK-178, Código clave: Va a llover”, ese aparato del demonio no sabe distinguir aliados de enemigos, solo destruye todo lo que esté vivo sobre el suelo.

Parecía vivir peleado consigo mismo, aun cuando siempre hizo lo posible por cuidar de sus soldados, siempre sentía culpa por la pérdida de sus hombres.

El viejo se encontraba listo para salir, llevaba su rifle en su hombro derecho, mientras que cargaba con su pesada mochila en el hombro izquierdo. Camino despacio hacia la vieja puerta, y retiro de ella los viejos muebles que había colocado por seguridad, además de la trampa que había colocado, que causaría la muerte de un machetazo en la cabeza, a quien pasara sin su permiso.

Al salir a la calle no vio nada que le fuera particular, la misma destrucción de todos los días. Edificios ante el caían a pedazos, no porque hubieran sido bombardeados, sino porque la atmosfera se había hecho más acida, cuanto más alto se encontrara, situación que había llevado a la humanidad a vivir prácticamente bajo tierra.

El viejo camino hacia su coche, una vieja camioneta que funcionaba con Diésel, los vidrios habían sido sustituidos por rejillas, cubierta por plástico en la cabina, cuando de repente escucho a lo lejos un sonido familiar, eran coches, al menos dos, por lo cual bajo rápidamente de su camioneta para esconderse.

Corrió rápidamente a un local de comidas al otro lado de la calle, y se ocultó tras el mesón, recargo su arma y cerró los ojos, escuchando atento la situación, su intención no era pelear, solo permanecería escondido allí

hasta que se fueran.

En cuestión de segundos llegan al lugar un par de vehículos de aspecto militar, con al menos cuatro personas a bordo. El viejo había aprendido que ningún coche, del que no se le hubiera avisado, podría ser bueno, así que se preparó para pelear de ser necesario.

– Mira esto –Dijo uno de los pasajeros del vehículo –Este tipo de camionetas no suele estar abandonadas, debe ser alguien de Campmelle, quizás una misión de reconocimiento.

– Estos tipos suelen llevar buena munición –Comentaba otro de los pasajeros, que manipulaba una torreta en la parte trasera del vehículo – Si los encontramos podemos quedarnos con la munición.

– Pues vamos, no deben estar lejos, quizás estén en los edificios –Agrego el conductor del segundo vehículo – Patrick y Pérez, entren a ese puesto de comidas, Josep y Dimitri, revisen ese edificio de apartamentos, el resto esperaremos aquí, si escuchan disparos ayúdenos desde las ventanas, si no encuentran nada, solo nos llevaremos la camioneta.

El viejo capitán había escuchado un plan, no podía darse el lujo de perder un vehículo, por lo que en un segundo había planeado la estrategia para reducirlos.

–Es perfecto muchachos, primero intentare acabar con los dos que tengo en el puesto de comidas, luego podremos colocar una carga de explosivo desde la alcantarilla en la mitad de la calle, eso atraerá el fuego de los dos de la ventana, y con suerte acabaremos con los vehículos y sus torretas, luego de tener a tiro a los dos que faltan no sabrán que los arrollo
–Planeaba el viejo capitán como si explicara el plan a sus hombres, pero se encontraba solo, y al darse cuenta bajaba la mirada.

Las parejas comenzaban a movilizarse, mientras él seguía escondido bajo el mesón, cubriéndose con basuras que aún se encontraban allí. Espero a que entraran en el local y se dividieran, para entrar y encararlos en silencio uno a uno. El primero de ellos, quien se distinguía por ser el más alto de ellos, además de ser el único moreno del grupo, se dirigió a la cocina, mientras su compañero revisaba el segundo piso del local. El viejo se movía con sigilo, evitando llamar la atención, su objetivo era el sujeto del segundo piso, así luego podría llamar la atención del tipo de la cocina y emboscarlo. Subió con cuidado las escaleras, y ubico al sujeto revisando unas mesas al fondo.

Valiéndose de algunas mesas volcadas ocultaba su posición, y lanzando una roca llamaba la atención del sujeto. Pérez había escuchado el ruido, y se disponía a revisar su procedencia, apuntando con su Beretta hacia el origen del sonido, mientras se acercaba con pasos lentos hacia la mesa

donde se ocultaba el viejo capitán. Al llegar a la posición, el veterano de guerra, lleno de precisión, ataca la garganta de Pérez, con un cuchillo de combate, y el enemigo se ahoga silenciosamente en un charco de sangre. El experimentado asesino recoge las pertenencias de utilidad de su víctima, encontrado con suerte un silenciador entre los bolsillos de su chaqueta, expresando una sonrisa de satisfacción.

Al bajar las escaleras, con igual cuidado con que subió, se encuentra con el espigado moreno revisando el área VIP del local de comidas, y sin reparar demasiado aprovecha la posición privilegiada para asestar un disparo limpio a la cabeza, valiéndose del arma y el silenciador del hombre que había asesinado en el segundo piso.

– Muy bien muchachos, ahora vamos por los vehículos.

La noche anterior, el viejo capitán había revisado la red de alcantarillas de aquel distrito de la ciudad de París. Ese distrito tenía algo especial, cada uno de los edificios tenía acceso al alcantarillado, ya que se consideraba un distrito táctico para la reducción de caravanas enemigas durante la guerra, ya había luchado en esta zona.

El viejo aun contaba con unas cargas con detonadores temporizados, los cuales programo para explotar en cinco minutos, tiempo suficiente para tomar posición de francotirador. Rápidamente descendió a las alcantarillas, y en un par de minutos ya había colocado las cargas justo debajo de los vehículos, y en tiempo record se ubicó en el segundo piso, allí aguardaría la detonación y los segundos finales de la operación.

Para el esta estrategia era ya conocida, prácticamente la llevo a cabo durante toda la guerra, al ser capitán de un escuadrón de detonación especializado. El combate cuerpo a cuerpo y operaciones terrestres eran su fuerte, ya que había pertenecido a la milicia colombiana, conocida como la armada terrestre más capacitada en el planeta.

Durante los segundos previos a la detonación, recordó sus muchachos, su escuadrón, con quienes tantas veces había hecho esta jugada, y le impresionaba como lograba sacarla adelante por sí solo. Por un segundo, al observar a quien daba las órdenes, le recordó a sí mismo, llegando incluso a verse en ese auto, enviando a sus muchachos a revisar una posición, y en ocasiones no verlos volver.

Entonces estallo, las cargas retumbaron con potente sonido, que desbarato los pocos vidrios que seguían en las ventanas. Los vehículos volaron por los aires, cayendo en pedazos sobre aquella calle, y en cuanto los tipos que revisaban el edificio de apartamentos asomaron la cabeza, el experimentado capitán se encargó de ejecutarlos, usando su viejo M16. Las balas atravesaron limpiamente los cráneos, casi de manera

simultánea y en pocos segundos todo había acabado.

– Tiempo de operación, diez minutos con cincuenta y seis segundos, número de bajas enemigas, ocho, bajas aliadas, cero, daños colaterales aceptables, vehículo de huida, con daños menores –Recitaba con satisfacción mientras limpiaba de su frente el sudor –Bien echo muchachos.

El viejo observaba a su alrededor, como deseando que sus hombres siguieran allí, pero ya no estaban más, hace años habían sido asesinados.

Era una vieja costumbre para el darse un auto informe de la operación, casi un ritual, así mismo elevar una oración, tal como había aprendido en su hogar, de cuna católica.

– “Gracias Dios mío, por permitirme llevar a cabo esta misión, sé que es pecado matar, y hoy lo he hecho en ocho ocasiones y no puedo agradecerte por estas muertes, más te agradezco el permitirme concluir mi labor con vida Amen”.

El viejo capitán bajo las escaleras, para revisar la escena, al observar los cadáveres, no pudo evitar ver en sus rostros reflejados a sus muchachos, y a el mismo reflejado, en aquel que había dado las ordenes, y enviados a esos muchachos a la muerte, más el solo cerraba sus ojos, ahora humedecidos, y continuaba su camino.

Recogió las pocas municiones, armas y suministros que aun sirvieran de algo y los coloco en el porta maletas de su vieja camioneta, para dirigirse al siguiente distrito y continuar con su reconocimiento.

Todo había salido bien, quizás más que habilidad había tenido suerte. En un enfrentamiento directo no habría tenido oportunidad, ya no era el mismo joven soldado de elite e hace unos años, a pesar que conservaba un estado físico envidiable para alguien de su edad, ya los años se le notaban, más aun el imparables daño de la radiación, que con suerte había logrado soportar. Su cabello era ya bastante canoso, a pesar de tener sesenta y cinco años aparentaba al menos unos diez más, al menos en su rostro.

Luego del combate, condujo hacia el norte por unas cuantas horas, sintiéndose algo cansado. Su mente lo torturaba con cada nueva etapa del camino, llegando a ver y sentir lo sonidos de la guerra, en los solitarios campos a los lados de la carretera, y en especial las palabras de sus soldados, que aun rondaban su memoria.

“Capitán, debemos detenernos a descansar”, “Ha sido suficiente por hoy, descanse un poco”. Estas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza, mientras poco a poco su mirada se nublaba, cual las oscuras

nubes tóxicas que ahora se extendían en el cielo. De un momento a otro todo se oscureció.

– Capitán, ¿Se encuentra bien? –Repetía un joven soldado, quien agitaba con cuidado a su capitán.

– Vamos capitán, usted es más fuerte que esto, despierte –Decía otro, con una expresión preocupada en su rostro.

El anciano empezaba a reaccionar, los pesados papados empezaban a moverse tímidamente, y con lentitud abrió sus ojos. Ante él se encontraban las sombras de su pasado, todo su escuadrón lo rodeaba, aquellos nueve soldados, que había perdido en combate. Se levantó rápidamente con su corazón agitado, su deseo, o pesadilla se había materializado. “¡Váyanse de aquí! ¡Salgan ya de mi cabeza!” repetía sin cesar, mientras agitaba su cabeza con violencia, más al abrir sus ojos allí seguían, mirándolo con algo de temor. El viejo seguía repitiendo su acción, se agitaba de un lado a otro ordenando a su pesadilla que se detuviera, entonces una tierna voz lo trajo de nuevo a la realidad.

– Señor, ¿Está usted bien?

Un niño pequeño, de no más de siete años lo sujetaba del pantalón. Su infantil rostro, enmugrecido y algo huesudo, lo observaba con unos enormes ojos verdes, que indagaban cada centímetro del anciano. Frente a él otros cinco niños y tres niñas lo observaban, los más pequeños ocultándose tímidamente tras los mayores.

Nota del autor: Al ser el primer ítem que publico en este medio me encantaría recibir sugerencias y comentarios acerca de este, se los agradecería mucho y me ayudaría a crecer como escritor.